

La sardana de las monjas

Delante de la ermita de San Rafael
las sardanas airosas suben al cielo
y todos sienten en el alma dulzor de miel.

Sardanas como estas nunca se han oído.
Hasta las bailan los abuelos cuando viene la noche,
y en las rodillas de la madre salta el pequeño.

Por llanuras y sierras extiende el viento
de la cobla las notas alegremente,
y hasta la ola se acerca que a lo lejos la oigo.

En un collado de montañas hay un monasterio.
De puntillas las monjas van al jardín
que las rosas encienden y el jazmín.

Las sardanas llegan hasta sus corazones
con alborozo y risas de los bailadores,
y en torno a ellas, los árboles, que rumores.

Dos monjas, a la sombra, las manos se han cogido.
ya se juntan otras y otras después,
las mas lejanas se acercan, ya están todas.

Bailan todas miedosas, bien dulcemente
las mejillas enrojecidas, medio alegremente
y sus pies en la tierra ni se les oye.

Quejándose, la abadesa ya se va
siente cercana una lágrima, no sabe reñir,
que ella también es hija del Ampurdán.

La luna que se alza, las monjas ven.
Por encima de la tapia, asoma la cara,
y les dice, bondadosa: ¡Bailad, bailad!